

El Bandido Saltodemata



Otfried Preußler

El Bandido Saltodemata

Un cuento de títeres

Traducción:

MARINELLA TERZI

MAEVA  young



Un día la abuela de Kasperle estaba sentada en un banco frente a su casa, al sol, moliendo café. Y es que Kasperle y su amigo Pepín le habían regalado un molinillo nuevo por su cumpleaños. Lo habían hecho ellos mismos y, cuando se le daba vueltas a la manivela, sonaba la musiquilla de «Mayo renueva la Tierra», que era la canción preferida de la abuela.

Desde que la abuela tenía el molinillo nuevo, hacer café le gustaba tanto que tomaba el doble que antes.

De hecho, ese día ya lo había llenado por segunda vez, y tenía intención de seguir moliendo cuando se oyeron unos murmullos y unos chasquidos entre los arbustos del jardín y una voz brusca bramó:

—¡Deme ese cacharro!

La abuela levantó la vista sorprendida y se apresuró a ponerse los binóculos.

Frente a ella estaba un hombre desconocido que tenía una espesa barba negra y una horrenda nariz ganchuda. Llevaba un sombrero de fieltro con una pluma torcida y una pistola en la mano derecha. Con la izquierda señalaba el molinillo de la abuela.

—¡Que me lo dé, le digo!

Pero la abuela no se dejó amedrentar.

—¡Permítame! —dijo, indignada—. ¿Cómo ha entrado usted aquí? ¿Y cómo se le ocurre gritarme así? ¿Quién es usted?

El extraño se rio tanto que la pluma de su sombrero tembló.

—¿No lee usted el periódico, abuela? ¡Piense, piense!

Solo entonces la abuela se dio cuenta de que el hombre llevaba en el ancho cinturón de cuero un sable y siete cuchillos. Se puso pálida y preguntó con voz temerosa:

—¿No será usted... el bandido Saltodemata?

—¡El mismo! —dijo el hombre de los siete cuchillos—. No me monte numeritos, no me gusta. ¡Y deme ese molinillo de inmediato!

—¡Pero si no le pertenece!

—¡Paparruchas! —gritó el bandido Saltodemata—. ¡Haga lo que le digo! Contaré hasta tres...

Y levantó la pistola.



—¡No, por favor! —exclamó la abuela—. ¡No me puede quitar el molinillo! Me lo han regalado por mi cumpleaños. Si le doy vueltas a la manivela, suena mi canción preferida.

—¡Por eso! —gruñó el bandido Saltodemata—. Yo también quiero tener un molinillo de café que toque una canción cuando gire la manivela. ¡Démelo de una vez!

Entonces, la abuela soltó un largo suspiro y se lo entregó. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Todos los días salía en el periódico lo malvado que era el tal Saltodemata. Toda la gente le tenía auténtico pavor, incluso el sargento Matamicrobios, y eso que él era miembro de la Policía.

Con un gruñido de alegría, Saltodemata metió el molinillo de la abuela en su bolsa. Luego guiñó el ojo izquierdo, miró a la abuela fijamente con el derecho y dijo:

–Bueno... ¡Y ahora preste atención! Va a quedarse sentadita en el banco, sin moverse ni una pizca. Mientras, contará hasta novecientos noventa y nueve.

–¿Por qué? –preguntó la abuela.

–¡Por lo siguiente! –respondió Saltodemata–. Cuando haya contado hasta novecientos noventa y nueve, podrá pedir ayuda si así lo desea. ¡Pero ni un segundo antes, ya le digo! De otro modo, ¡no sabe la que le espera! ¿Comprendido?

–Comprendido –susurró la abuela.

–¡Y no trate de engañarme!

A modo de despedida, el bandido Saltodemata le puso por última vez la pistola debajo de la nariz a la abuela. Luego saltó por encima de la valla del jardín y desapareció.

La abuela de Kasperle se quedó sentada en el banco. Estaba blanca como la leche y temblaba. El bandido se había evaporado, y también el molinillo.

Pasó un buen rato hasta que pudo comenzar a contar.

Contó, obediente, hasta novecientos noventa y nueve.

Uno, dos, tres, cuatro... No demasiado deprisa, no demasiado despacio.

Pero con los nervios se equivocaba tanto que tuvo que volver al principio por lo menos una docena de veces.

Cuando por fin llegó al número novecientos noventa y nueve, pegó un estridente grito de socorro.



Y luego se desmayó.



Kasperle y su amigo Pepín habían ido a la panadería para comprar un paquete de harina, una pizca de levadura y un kilo de azúcar. Ahora pensaban ir a la lechería para comprar nata. Al día siguiente era domingo, y los domingos la abuela hacía tarta de ciruelas con nata. Kasperle y Pepín se pasaban toda la semana emocionados pensando en la tarta.

–¿Sabes? –dijo Kasperle–. ¡Quisiera ser el emperador de Constantinopla!

–¿Y eso? –preguntó Pepín.

–¡Porque entonces podría comer tarta de ciruelas con nata todos los días!

–¿El emperador de Constantinopla come tarta de ciruelas con nata todos los días?

Kasperle se encogió de hombros.

–No lo sé. Pero yo, si fuera emperador de Constantinopla, ¡lo haría seguro!

–¡Yo también! –suspiró Pepín.

–¿Tú también? –preguntó Kasperle–. ¡Me temo que eso no puede ser!

–¿Por qué no?

–¡Porque solo hay un emperador de Constantinopla, y no dos! Y si el emperador de Constantinopla soy yo, no puedes ser tú también emperador de Constantinopla. ¡Tienes que reconocerlo!

–Mmm... –musitó Pepín–. Entonces tendríamos que turnarnos. Una semana tú... y una semana yo.

–¡No es mala idea! –opinó Kasperle–. ¡No es mala idea!

Pero de pronto oyeron que alguien pedía socorro en la lejanía.

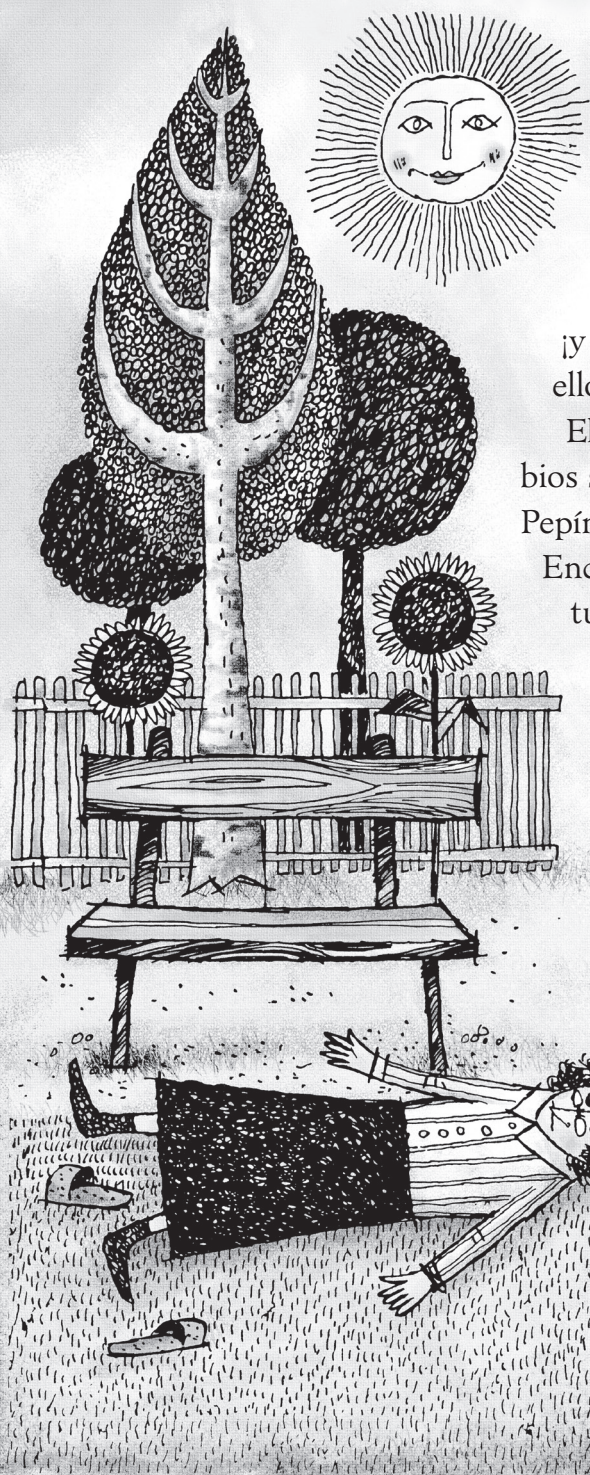
–¡Escucha! –dijo Pepín asustado–. ¿No es la voz de la abuela?

–¡Sí, era la abuela! –respondió Kasperle–. ¿Qué puede haber pasado?

–No sé... ¿Quizá una desgracia?

–¡Rápido, vamos a ver!

Kasperle y Pepín dieron media vuelta y corrieron a casa. En la puerta del jardín de la abuela casi se chocan con el sargento Matamicrobios. También él llegaba corriendo porque había oído que alguien pedía ayuda.



—¿No podéis prestar más atención? —les riñó—. Estáis entorpeciendo el ejercicio de mis obligaciones, ¡y os puedo castigar por ello!

El sargento Matamicrobios siguió a Kasperle y a Pepín a grandes zancadas. Encontraron a la abuela tumbada en la hierba, delante del banco. Estaba más tiesa que un palo.



–¿Es grave? –preguntó Pepín tapándose los ojos con las dos manos.

–No –dijo Kasperle–. Creo que solo se ha desmayado.

Llevaron con cuidado a la abuela al cuarto de estar y la tumbaron encima del sofá.

Kasperle le roció la cara y las manos con agua fría, y entonces ella se despertó.

–¡No os vais a creer lo que ha ocurrido! –dijo la abuela.

–¿El qué? –preguntaron Kasperle y Pepín.

–¡Me han robado!

–¡Qué cosas tiene! –dijo el sargento Matamicrobios–. ¿Dice que le han robado? ¿Quién?



–¡El bandido Saltodemata!

–¡Un momento, tengo que tomar declaración! –El sargento sacó un lápiz con rapidez y abrió su cuadernillo–. ¡Abuela, explíquemelo todo en orden! Pero aténgase a la verdad y hable con claridad y sin prisas, que tengo que transcribir cada palabra. Y vosotros dos –añadió, dirigiéndose a Kasperle y Pepín– permaneceréis en silencio como dos ratoncillos hasta que terminemos con la declaración. Se trata de un asunto oficial. ¿Está claro?

La abuela contó todo lo que tenía que contar mientras el sargento Matamicrobios lo iba escribiendo en el cuadernillo con expresión seria.

–¿Recuperaré mi flamante molinillo? –preguntó la abuela cuando el hombre terminó por fin de escribir y cerró su cuaderno.

–Por supuesto –dijo el sargento.

–¿Y cuánto puede tardar?

–Bueno... Es difícil de precisar. Primero tenemos que atrapar al bandido Saltodemata. Para empezar, por desgracia, ni siquiera sabemos dónde está su guarida. Es un tipo muy astuto. Hace dos años y medio que trae a la Policía de cabeza. ¡Pero llegará el día en que le cortemos las alas! Confiamos plenamente en la valiosa colaboración de la población.

–En la valiosa ¿qué? –preguntó Kasperle.

El sargento Matamicrobios lo miró de malos modos.

–¡Creo que eres algo duro de oído, Kasperle! He dicho que ¡confiamos plenamente en la valiosa colaboración de la población!

–¿Y eso qué significa?

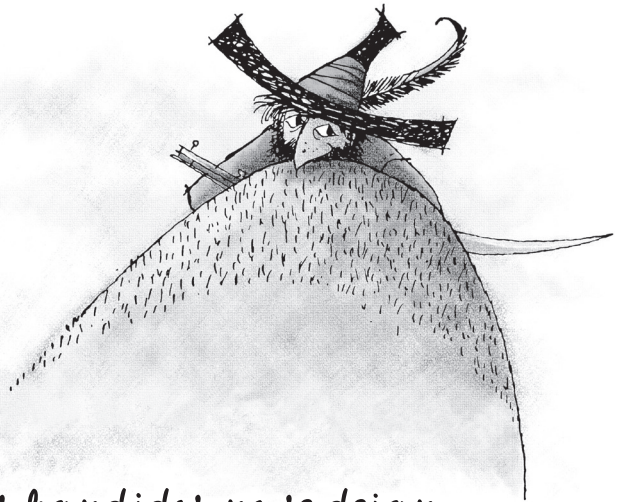
–¡Significa que la gente tiene que ayudarnos a encontrar el rastro de ese hombre!

–¡Ajá! –dijo Kasperle–. ¿Y también ayudaría a la Policía que alguien atrapara a ese tipo?

–Eso sería, sin duda, lo mejor –aseguró el sargento Matamicrobios tocándose el bigote–. Pero ¿quién crees que se atrevería a hacer algo tan peligroso como eso?

–¡Nosotros dos! –exclamó Kasperle–. ¡Pepín y yo! ¿Te apuntas, Pepín?

–¡Por supuesto! –dijo Pepín–. Hay que ayudar a la Policía. ¡Nosotros atraparemos al bandido Saltodemata!



*Pero los bandidos no se dejan
atrapar así como así.*



La abuela estaba un poco preocupada, pero Kasperle y Pepín se mantuvieron firmes en su decisión. Querían atrapar al bandido Saltodemata para que así la abuela pudiera recuperar su molinillo. Lástima que no supieran dónde tenía Saltodemata su escondite.

—¡Ya lo averiguaremos! —dijo Kasperle y, después de estrujarse el cerebro hasta el domingo por la tarde, de pronto empezó a reírse a carcajadas.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Pepín.

—¡Porque ya sé lo que tenemos que hacer!

—¿Y qué es?

—Enseguida lo verás.

Kasperle y Pepín bajaron al sótano de la abuela en busca de la vieja caja de patatas. La llevaron al jardín, y luego la llenaron con fina arena blanca.

–¿Y ahora?

–¡La tapamos!

Colocaron la tapa sobre la caja, y Kasperle fue a buscar una docena de clavos y un martillo.

–Venga, ¡clávala, Pepín! ¡Tan fuerte como puedas!

Pepín asintió y se puso manos a la obra. Con el primer martillazo se aplastó un pulgar. ¡Maldición, qué dolor! Pero apretó los dientes y continuó clavando con valentía, como si fuera un clavador de tapas de cajas de patatas cualificado.

Entretanto, Kasperle fue al granero a buscar el pincel grueso y removió la pintura roja que había en un bote. Cuando regresó con el bote y el pincel, Pepín acababa de machacarse el pulgar por quincuagésima séptima vez y la tapa estaba clavada.

–Bueno..., ¡ahora déjame a mí! –dijo Kasperle.

Sumergió el pincel en la pintura roja y, para el infinito asombro de Pepín, escribió sobre la caja de patatas con letras grandes y brillantes:

¡¡Atención,
oro!!